

INTERROGAR AL PODER, SER DE IZQUIERDAS

Gaspar Llamazares Trigo

Escribió Bertolt Brecht en “Preguntas de un obrero lector”:

*“El joven Alejandro conquistó la India.
¿El sólo?
César convenció a los galos.
¿No llevaba con él un cocinero al menos?
El español Felipe II lloró cuando su flota
Se hundió. ¿Es que nadie más lloró?
Federico II venció en la guerra de los siete años. ¿Quién
además de él triunfó?
Cada página una victoria
¿Quién cocinó el banquete de la victoria?
Cada diez años un gran hombre.
¿Quién pagó los gastos?
Tantos relatos,
Tantas preguntas.”*

Sabemos desde hace tiempo que debemos acudir a los clásicos en busca de las preguntas. Ser de izquierda en los comienzos del siglo XXI es seguir haciendo preguntas incómodas al poder. Las preguntas son las mismas, mientras que es el poder el que se encarga de cambiar las respuestas. Una manera de tenernos distraídos.

Ya hace más de medio siglo que Daniel Bell preconizara el fin de las ideologías. Sin embargo seguimos interrogando al poder, preguntándole por las razones por las que nadie debe estar por encima de nadie. En la certeza de que ningún ser humano es más que otro ser humano nos encontramos en la izquierda. Las justificaciones de las desigualdades, vengan de donde vengan, tiene siempre enfrente nuestras argumentaciones. Defender la igualdad es estar en la izquierda.

Ese impulso emancipador ha actuado siempre de motor social. ¿Qué ha ocurrido para que tengamos que preguntarnos por el perfil hoy de la izquierda? ¿Qué ha pasado con los ojos que ven las desigualdades, que viven la contradicción entre

el carácter social de la riqueza y su distribución individual, que entienden de las diferencias de clase, de género, de raza, de voz?

También nos alertaba Brecht: “Cuando los de arriba dicen que no habrá guerra, el pueblo se pone a temblar”. Cuando hoy oímos que ya no hay derechas e izquierdas, sabemos, una vez más, que quien así habla quiere alejarnos de nuestras certezas. Cuando se afirma que ya no hay derecha e izquierda, la derecha aplaude, la izquierda mira desconfiada.

Recuperando un viejo trabajo de Helmut Dubiel, discípulo de Habermas y director de la Escuela de Frankfurt, podemos establecer el lugar de la izquierda interrogando a cinco lugares: la **técnica** y su socialización; la **cultura**, a la que tenemos que saber como mestizaje; la **política** entendida como *polis* y como *polemos*, es decir, como mantenimiento de los logros alcanzados y también como conflicto que permita seguir avanzando; la **economía**, partiendo de una crítica de fondo al sistema capitalista y asumiendo que las alternativas tienen necesariamente que aprender de la experiencia del siglo XX; el **derecho**, prestando especial atención tanto a las garantías tradicionales incorporadas en la fórmula de *Estado de derecho*, como incorporando la necesidad de formas jurídicas de validez universal, como las que representa el recientemente aprobado Tribunal Penal Internacional. Como marco general, la izquierda debe replantearse en lugar donde han discurrido en los dos últimos siglos todo el desarrollo social, es decir, el Estado nacional. Nos corresponde, pues, expresar con claridad aquellos elementos del Estado nacional que debemos mantener y defender, aquellos otros que debemos combatir y eliminar, y por fin esos otros que hay que superar y transformar. Y al mismo tiempo es necesario recolocar el lugar de los Estados nacionales en el contexto internacional, especialmente cuando la hegemonía estadounidense hace prácticamente inviable en buena parte del planeta la construcción ya no de una sociedad democrática avanzada conforme con los principios del socialismo, sino de algo más modesto como son los Estados sociales y democráticos de derecho.

Empezando por la **técnica**, la izquierda debe recordar que su socialización es uno de los elementos esenciales, más aún en un mundo de poderosas transformaciones tecnológicas que están transformando las categorías del tiempo y del espacio en las que nos movemos. Uno de los equipos de arqueólogos y paleontólogos de Atapuerca nos recordaba en su último trabajo llamado “Aún no somos humanos” cómo el camino de la hominización coincide con el camino del uso común, colectivo de la técnica. Hace 300.000 años un grupo de *homo sapiens* decidieron compartir un hipopótamo, y el uso de instrumentos, que fueron descubiertos junto a los restos del animal, fue determinante para que más personas pudieran alimentarse. Fue también el uso compartido de los desarrollos técnicos lo que permitió las primeras muestras de solidaridad, el que la tribu alimentara y cuidara a los miembros de la misma que menos se podían valer por sí mismos. Se tardaron 200.000 años en socializar el uso del fuego. Reservarse para sí los descubrimientos técnicos siempre ha sido un comportamiento típico de los poderosos. Prometeo, que le roba el fuego, que es la técnica, a los dioses, y

que por ello es castigado, es un símbolo de la izquierda: compartir los avances de los seres humanos y ser perseguido por los poderosos por repartir ese saber. Hoy, la izquierda sigue exigiendo compartir ese saber, y en su jerarquía de valores está por encima de otros valores, como la propiedad privada, el uso compartido del desarrollo científico. Por eso la izquierda no puede compartir la política de patentes impulsada por la OMC que, en uno de sus ejemplos más sangrantes (parcialmente solventado), condena a morir de SIDA al continente africano al no permitirle hacer uso de un descubrimiento científico que no se puede compartir, como el fuego hace medio millón de años, por poderosos que hacen de su monopolio una razón de su fuerza. O que condena por robo a un campesino canadiense porque su maíz había sido contaminado por maíz transgénico que pertenecía a la empresa Monsanto.

La **cultura** también ha sido una referencia clara de la izquierda. Cultura entendida como acceso de todos al desarrollo intelectual. Los esfuerzos de alfabetización de la II República española, los avances del sandinismo en romper los siglos de denegación a la escritura y la lectura de toda su población, el compromiso de la UNESCO, roto por los Estados Unidos, para generalizar el acceso al conocimiento, son hitos de la lucha de la izquierda por la cultura. Una cultura que no es instrumental, que no es simple cualificación para el trabajo, sino que sirve como factor de identidad de un colectivo. Para la izquierda, la cultura es un espacio de emancipación y como tal debe ser cuidada por la decisión colectiva.

Durante mucho tiempo, la **economía** parecía ser el único espacio del que se ocupaba el pensamiento crítico. No es extraño, pues las necesidades materiales son condición necesaria para el desarrollo social e individual. Desde el siglo XIX, los análisis de Marx del funcionamiento del sistema capitalista han alimentado el análisis propio de la izquierda. “La mejor cabeza del siglo XIX”, como le llamó Max Weber, a quien a menudo se le presenta como su adversario de una manera simplista, nos ayudó a entender el carácter social de la economía, y la contradicción profunda que supone el hecho de que todos nos beneficiamos de vivir en sociedad y, sin embargo, no todos compartimos por igual esa estructura colectiva. Marx nos advirtió sobre las *robinsonadas*, ese intento de pretender que los seres humanos pueden vivir al margen de la sociedad, en una isla, sin necesitar a nadie (apenas al final la compañía de un salvaje) y, por supuesto, sin Estado. Para la izquierda, la economía se entiende, en la tensión dialéctica entre la democracia y el mercado, claramente como un dominio de la democracia. Y todo aquel desarrollo de lo económico que ponga en peligro aspectos de la democracia está usurpando un lugar que no le corresponde.

El **derecho** no ha sido tradicionalmente un lugar defendido por la izquierda, por simples razones históricas: el derecho era otro instrumento más del dominio de clase. Si el Estado fue durante mucho tiempo una estructura de poder al servicio de las clases dominantes, resulta obvio que el pueblo no viera en el *poder judicial* sino otra forma de garantizar el poder de los ya poderosos. La construcción de Estados de derecho, como parte del acceso a los derechos de

ciudadanía de las clases populares, cambió esta idea. La experiencia de los totalitarismos nos demuestra igualmente que determinados desarrollos del liberalismo, como la división de poderes, pueden ser útiles para la emancipación ciudadana. Ahora bien, si observamos la valoración actual de la justicia en un país como España, o el funcionamiento de las estructuras jurídicas internacionales, nos encontraremos con que estamos ante un claro retroceso. Las estructuras jurídicas son el decantado de los conflictos sociales, y los efectos de dos décadas de políticas conservadoras han dejado su huella en la consideración del derecho como una forma esencial para garantizar a la ciudadanía su integridad y su dignidad.

He dejado para el final la **política**, pues es el factor que incorpora a todos los demás y que pone encima de la mesa el papel que les corresponde a los actores *políticos* a la hora de poner en marcha políticas de izquierda. La política, según la definen los politólogos, es aquella parte de lo social que se encarga de definir y de articular metas colectivas. La política tiene dos rostros. Por un lado es *polis*, es decir, es consenso, es defensa de los logros alcanzados, es asunción de todos aquellos aspectos, de todos aquellos derechos que son fruto de exigencias ganadas para la colectividad en el pasado. Pero para la izquierda, la política también es *polemos*, es decir, es conflicto, lucha, voluntad de transformar lo que existe, de no aceptar lo que tenemos. Sólo negando el presente se avanza. Esa es la condición faústica de la izquierda, su magia y su amenaza, su grandeza y el cansancio que puede producir en los que comparten su causa: saber que en el preciso instante en que se ha alcanzado una meta se está abriendo la necesidad de empezar de nuevo.

En ese construir constantemente, la izquierda ha identificado los sujetos que debían compartir esa exigencia de defender lo logrado y de avanzar en lo que aún espera. Durante mucho tiempo ese sujeto fue la clase obrera, que actuaba como la contradicción principal de nuestras sociedades. Hoy ya no es así. Más aún, hoy ya no hay un único sujeto de la transformación. Ese sujeto es ahora plural, fragmentado, lábil, y al mismo tiempo inagotable, constantemente en renovación, en perpetua revitalización. Uno de los principales retos de la izquierda estará en su capacidad para encontrar el *hilo rojo* que una todas las luchas de emancipación de una sociedad crecientemente global.

No podemos terminar una reflexión sobre la izquierda sin hacer mención a un proceso que está trastocando buena parte del espacio y el tiempo en donde la izquierda tradicionalmente construyó su alternativa. Me refiero a la **globalización**. Este proceso de transterritorialización ha sido impulsado por el desarrollo tecnológico, por las necesidades de acumulación del sistema capitalista y por la voluntad política de los que han detentado el poder de los principales países desde los años ochenta. Por todo esto, la actual globalización neoliberal supone una amenaza para las más elementales exigencias humanas – véase Argentina- y un desafío para cualquier izquierda.

La hegemonía estadounidense y su exportación de los valores del individualismo, el mercado, la competitividad, el uso de la fuerza, la explotación de la naturaleza,

las desigualdades están claramente en el extremo opuesto de lo que significan los valores de la izquierda. No se trata de recuperar ningún tipo de antinorteamericanismo, sino de la simple constatación de que los valores de la izquierda, fuertemente anclados en la historia de Occidente, patrimonio propio exportado al resto del mundo por parte de la vieja Europa, está fuertemente en peligro por esos valores de la insolidaridad representados por lo que se ha llamado el Consenso de Washington. La situación del mundo, el genocidio que hemos visto en Palestina, la condena al hambre al 80% de la población mundial, las dificultades para hacer cumplir los acuerdos sobre medioambiente, el ascenso de la extrema derecha no construyen un panorama halagüeño.

Bertolt Brecht escribió en su poema "Tiempos difíciles":

*"De pié ante mi escritorio
miro por la ventana en el jardín el saúco
y distingo en él algo rojo y algo negro
y de pronto me acuerdo del saúco
de mi infancia en Augsburgo.
Durante unos minutos considero,
Muy serio, si debo ir a la mesa
Por mis gafas, para ver otra vez
Las negras bayas en las ramas rojas"*

Siempre nos quedará el gramsciano "optimismo de la voluntad", y la certeza, la absoluta certeza, de que ser izquierdas es saber que como el poder de los poderosos no descansa nunca, nosotros tampoco podemos hacerlo.